



INÉS BORTAGARAY (URUGUAY, 1975)

Publicó su libro de relatos *Ahora tendré que matarte* en la colección Flexes Terpines, dirigida por Mario Levero. Integró los volúmenes *Pequeñas resistencias 3*, *Esto no es una antología*, y la compilación electrónica *El futuro no es nuestro*. Su cuento «A la mesa» fue publicado en *Zoetrope AIJ-Story*, la revista literaria fundada por Francis Ford Coppola. Ha trabajado en cine como guionista. Vive en Montevideo, pero es salteña.

El viaje de una familia a bordo de un auto demasiado pequeño hila este desplazamiento hecho de encierro, calor y afán. En el asiento trasero, cuatro hermanos pelean por ir del lado de la ventanilla, pero obtenerla no amortigua los combates, las alianzas estratégicas, las acusaciones, los llantos o la risa. Desde adelante, los padres sostienen con esfuerzo una barricada de mandatos, mientras afuera, en la llanura, las vacas pastan y miran pasar el tiempo, estupefactas, los postes eléctricos se suceden y la espuma de mar parece cada vez más lejana.

Con agudeza y humor, la voz de una niña aturdida irá descifrando los pormenores de la excursión familiar, dibujando en el camino un prontuario de gustos, anhelos e insurrecciones que evocarán en el lector las experiencias más vividas y sutiles de la infancia.

Con *Prontos, listos, ya*, Inés Bortagaray se revela como una de las escritoras más prometedoras de la narrativa uruguayva actual.

www.edicionespuntocero.com

CERO
PUNTOCERO
FICCIÓN

ISBN 978-9974-8256-1-1



PRONTOS, LISTOS, YA

Inés Bortagaray

CERO
PUNTOCERO
FICCIÓN



9 789974 825611



INÉS BORTAGARAY (URUGUAY, 1975)

Publicó su libro de relatos *Ahora tendré que matarte* en la colección Flexes Terpinies, dirigida por Mario Levrero. Integró los volúmenes *Pequeñas resistencias 3*, *Esto no es una antología*, y la compilación electrónica *El futuro no es nuestro*. Su cuento «A la mesa» fue publicado en *Zoetrope All-Story*, la revista literaria fundada por Francis Ford Coppola. Ha trabajado en cine como guionista. Vive en Montevideo, pero es salteña.

El viaje de una familia a bordo de un auto demasiado pequeño hila este desplazamiento hecho de encierro, calor y afán. En el asiento trasero, cuatro hermanos pelean por ir del lado de la ventanilla, pero obtenerla no amortigua los combates, las alianzas estratégicas, las acusaciones, los llantos o la risa. Desde adelante, los padres sostienen con esfuerzo una barricada de mandatos, mientras afuera, en la llanura, las vacas pastan y miran pasar el tiempo, estupefactas, los postes eléctricos se suceden y la espuma de mar parece cada vez más lejana.

Con agudeza y humor, la voz de una niña aturdida irá descifrando los pormenores de la excursión familiar, dibujando en el camino un prontuario de gustos, anhelos e insurrecciones que evocarán en el lector las experiencias más vividas y sutiles de la infancia.

Con *Prontos, listos, ya*, Inés Bortagaray se revela como una de las escritoras más prometedoras de la narrativa uruguaya actual.

www.edicionespuntocero.com

CERO
PUNTOCERO
FICCIÓN

ISBN 978-9974-8256-1-1



PRONTOS, LISTOS, YA

Inés Bortagaray

CERO
PUNTOCERO
FICCIÓN

9 789974 825611

Mi abuelo solía decir:

—La vida es increíblemente breve. Ahora, al recordarla, me aparece tan condensada que, por ejemplo, casi no comprendo cómo un joven puede tomar la decisión de ir cabalgando hasta la aldea más cercana, sin temer —y descontando por supuesto la mala suerte— que aun el lapso de una vida normal y feliz no alcance ni para comenzar semejante viaje.

(Franz Kafka, *La aldea más cercana*, 1917)

VEO UN POSTE QUE PASA Y SE VA hasta que veo otro poste que pasa y se va pero nunca se va del todo, porque en la ida queda la estela. La estela es el poste en movimiento, el poste corrido, barrido, continuado en una línea de postes fantasmas que se paran entre poste y poste verdadero. El verdadero se continúa en varios fantasmas hasta que otro verdadero anuncia que hay algo real, después de todo. La hora es la del alba. A veces en lo alto de un poste hay un nido de hornero. Es la interrupción de la cadena que se arma en la secuencia de postes. Entre uno y otro (entre poste y poste) hay cables: electricidad. Cables negros que se tensan en lo alto y que dibujan una partitura de líneas que suben y bajan, como en una pantalla de monitor electrocardiográfico.

Veo un poste que pasa y se va hasta que veo otro poste que pasa y se va mientras en el cielo, que hasta recién era oscuro y era límpido, se abren unas grietas que lo resquebrajan como un pollo resquebraja la cáscara de un huevo cuando está maduro para salir de ahí; es el sol oculto por las nubes que se está escapando por los intersticios, unas pequeñas junturas que se han rasgado y entonces ahora el sol se cuele y los rayos se extienden en haces de luz anaranjada que llega hasta mis ojos como las gotas de sudor que le saltan a los personajes de caricatura cuando están sudorosos o pasan por un momento de gran nerviosismo, o como el enojo divino del entrecejo profundamente pronunciado de Dios, que es el padre de Jesucristo, aunque a fin de cuentas padre e hijo son la misma gran persona que es Jesucristo Nuestro Señor, que Desde Allí ha de Venir a Juzgar a Los Vivos y a Los Muertos. *Jesucristo. Jesucristo. Jesucristo, yo estoy aquí, digo en secreto.* Cuánta violencia para amanecer, pienso, y vuelvo a las líneas negras que suben y bajan y siguen, en un recorrido siempre igual, pero con trampas.

Veo entonces la nuca de mi padre. Mi padre, el que conduce el auto. El pelo prematuramente blanco baja con ondas hasta el cuello. La cabeza está apenas ladeada hacia la derecha, en un gesto natural que yo repito. El asiento es erguido. Mi padre es erguido. Manjeja rápido, pero con cuidado. Yo le tranco el botón de la puertita. Ahora sí, está a salvo. Yo también, porque mi padre no caerá a la carretera, y yo seguiré teniendo padre porque él no caerá. Miro el perfil y la nuca de mi madre, que mira a mi padre mientras le alcanza con cuidado un mate. Lo mira de reojo y vuelve a mirar al frente, con un gesto vago de desaliento. En la radio se escucha el noticiero. El locutor me asusta. Habla de cosas como si las cosas fueran las últimas, como anunciando un estado permanente de alarma, como quien dice *hoy hay toque de queda porque viene un terremoto, o alarma, no salgan de sus casas porque se acerca lo peor.* El nervio de su voz me estremece. Pero no dice *toque de queda* ni habla de nosotros. Dice *ministro, declaraciones y punitiva.* Yo pienso en punitiva mientras intento encontrar

acomodo en el asiento que es chico para nosotros cuatro. Nosotros cuatro somos hermanos. Ahora voy en la ventanilla. Es una suerte. No sucede con frecuencia, porque soy hermana del medio y las hermanas del medio nunca van en ventanillas. Pero el viaje es largo y mis padres resolvieron sor-tear los lugares, para que no gritáramos y no los molestáramos, porque es peligroso. *Nadie quiere que choquemos, ¿verdad?, entonces tranquilizense y cállense la boca.* Entonces yo estoy en la ventanilla, pero a no ilusionarme, porque dentro de doscientos kilómetros iré a parar al medio, que es mi lugar, de donde nunca debí haber salido. Elegí ir detrás de papá, a la izquierda del asiento. Creo que puedo protegerlo si me siento a sus espaldas. Cuido que esté atento, le tranco la puerta y rezo en su nuca para no chocar, porque nadie quiere que choquemos, y yo tampoco. A mi lado viaja mi hermano, que tiene olor. No quiso bañarse antes de salir, y ahora lo huelo. No me molesta. Huele a sábanas. No me molestan las sábanas. Las pantorrillas flacas se le tuercen hacia la derecha.

Está inclinado, durmiendo de costado, apoyando la cabeza sobre una campera arrugada que le sirve de almohada. Mi hermana menor está sentada al lado, y también duerme. Apoya la cabeza en la falda de la mayor y abre apenas la boca. Respira suavemente, pero yo escucho cómo el aire sale sin apuro por los labios entreabiertos que no veo. No llego a ver tan lejos, pero sé cómo abre la boca cuando duerme, porque dormimos en un mismo cuarto y muchas veces la vi dormir. El pelo se le despeina más que a todo el mundo cuando ella duerme. Y los párpados le caen con peso y el sueño se vuelve largo y pesado. Y mientras duerme todos decimos, gravemente, *está durmiendo*, como si ese tiempo suyo fuera una constatación ya oficial en la familia. Mi hermana mayor es la otra privilegiada que tiene ventanilla, pero ella no mira postes, porque también duerme, inclinada sobre el vidrio, sacudiéndose en un movimiento constante, en un golpeteo suave y persistente que la arrulla, creo, y que me arrulla, sé.

Uno, dos, tres, cuatro, catorce postes. Quince, veinte, treinta y seis, cincuenta y cinco postes. Los postes se mueven y yo estoy quieta. Avanzan hacia atrás, a lo que dejo. Aunque mi padre dejara de conducir, se negara a conducir, frenara de repente, estos postes y estas líneas seguirían con el viaje. Ya no vamos a la playa. Ya ni siquiera queremos ir a la playa. Esto es una cinta sin fin y nuestro auto está obligado a quedarse detenido mientras todo lo que hay a los costados se desliza sin cesar y sin cansarse. Es una condena que están cumpliendo de un lado y del otro lado. Eso de seguir avanzando es una condena. Saber que todo sigue avanzando es la condena. A veces pienso en el día después de muerta y en el aviso de la margarita que se unta en pliegues perfectos sobre la tostada perfecta y ese aire de mañana feliz del desayuno familiar con sol y ventana y cortina y diario y tostada y humo que sale del café y las uñas de todos bien cortadas y limpietas y todo seguirá funcionando igual que antes, y cuando la madre muere la tostada al tiempo que sonrío y mira con ojos de *qué placer esta*

margarita por Dios, yo me puedo morir acá mismo (eso es lo que ella dice en los pensamientos, en el colmo del entusiasmo, no es lo que yo digo, aunque justo esté hablando de mi muerte eventual), no importará que me haya muerto, que ninguno de nosotros haya muerto, porque igual se escribirá en la pantalla la palabra candor con letras dibujadas con margarita y la gente en la calle igual atravesará la puerta giratoria del banco e igual entre los premios que se ofrecen a la vista de todos en la kermesse anual de la escuela habrá una lata de arvejas, un juego de cucharas con mango de plástico, un abanico con hermosísimos motivos chinos, un reloj que puede ser despertador o puede ser cucú, un portarretratos con una pareja de enamorados caminando en la orilla del mar mientras atardece fulgurantemente, duraznos en almíbar. Yo ahora mismo puedo seguir porque no me importa que otros hayan muerto. No, no soy yo la condenada. El condenado es el muerto, que además de tener que estar muerto no puede ni esperar un aire ciertamente estupefacto que congele por un instante

todo lo que sigue alrededor, el paso del apurado, la aguja que da la hora, la risa del locutor de radio, la expresión de la familia durante el desayuno untado con cándor. Veo los postes porque no me importa que otros hayan muerto. Lo mismo que es bueno para otros es bueno para mí. No me puedo quejar y la margarita cándor me está diciendo *despabilate*. Yo me despabilo, pero no por demasiado, porque cuando quiero acordar, los ojos se cierran, ya no hay postes, y me duermo.

Sueño que viajamos todos en un auto. Yo sigo en la ventanilla, pero ahora la que viaja a mi lado es la mayor. Mi padre conduce y mi madre es copilota. El auto empieza a enlentecer la marcha. Estamos rodeados de autos que han debido enlentecer la marcha: esto es un atolladero, nadie avanza, nadie retrocede, el movimiento es imposible, nada es tan imposible como el movimiento. A unos metros, adelante, está la causa. Es un árbol caído en medio de la calle. No es un árbol muy grande. Tiene copa frondosa

y tronco delgado y atraviesa la calle. Más tarde veo que ese bulo esmirriado que yace a unos metros es un hombre. No sé por qué pero estoy convencida de que ese árbol se ha caído encima del hombre, y no lo aplastó. El hombre está a un costado. Hay también un señor activo que está agachado intentando reanimar al quieto. El quieto para mí está muerto, o por lo menos inerte. El que reanima le hace respiración boca a boca y le da cachetadas. Entonces el muerto se mueve y aunque estamos lejos con mi hermana y hay una ventanilla de auto de por medio yo veo los primeros signos (casi imperceptibles) de resurrección. Un ligero tic le mueve un pómulos y después tuerce la boca en un rictus de persona que se siente desgraciada. Lázaro. Digo *Lázaro*. Bajamos del auto con mi hermana y saltamos y hacemos ademanes de portista con los brazos, y exclamamos *¡bien!, ¡bien!, ¡bien!* Él se incorpora y mira a un lado. De entre toda la gente que asiste a la reanimación del muerto él elige vernos a nosotras, a mi hermana y a mí. Nos sonríe y nos hace la Señal Internacional de Okey, alzando el pulgar del triunfador.

Me despierto de a poco, y de a poco comienzo a escuchar, con los ojos cerrados, la pelea entre mi hermano y mi hermana mayor. No hay aire en este auto. Se escucha una milonga en la radio, pero la radio está mal sintonizada. Las radios mal sintonizadas me dan tristeza. Mis hermanos gritan. Él dice *me toca a mí*. Ella dice *faltan veinte kilómetros*. Él dice *dame la ventana o la despierto y me la da ella*. Ella dice *no la despiertes*. *Ella es neutral*. *Suiza es neutral todas las veces*, repito entre sueños. Entonces interviene mi madre *basta*, y mi hermano se queda masculando un insulto nuevo y mi hermana responde diciendo *puta*. Yo me hago la dormida, a pesar de que estoy incómoda así, toda caída sobre el hombro de mi hermano. Lo veo apenas de reojo mientras se sacude con el puño apretado y la cara enrojecida por la rabia. Sigue discutiendo (se conoce que puto es un insulto atroz, que surte gran efecto cuando se busca la ira). El cielo se está nublando y ya no me recuerda al ceño fruncido de él ni tampoco a las gotitas que coronan las cabezas de los que están nerviosos. Qué calor.

El simulacro de sueño deja de ser simulacro de sueño y vuelvo a dormirme, pero ahora estoy mareada. Me mareo muy seguido, yo. Dos por tres me mareo. Cuando viajo siempre vomito. Ahora en los viajes mamá me da una bolsa antes de partir. Tengo una bolsa apretada entre mis rodillas. Cuando me duermo la bolsa se cae sobre mis sandalias. Son nuevas, de plástico rojo. Los pies me transpiran más cuando las uso, pero no me importa, porque son lindas. Vale la pena el sudor. Me duermo y vuelvo a soñar. Siempre fui de soñar mucho. Sueño que estoy a la orilla del río. Hay una fiesta: la gente está vestida de blanco y come tortas y toma jugo de naranja de unas jarras. Yo no me sirvo torta. Miro comer. Mi hermana mayor y mi hermano juegan a dar vueltas a un largo cordón de ropa anudada: una camisa atada a un pantalón atado a una toalla atada a otra toalla. Mis hermanos juegan a dar vueltas a esta cuerda como quien juega a dar vueltas a otra cuerda cualquiera. Pero sobre esas otras cuerdas cualesquiera siempre hay un saltarín. Un niño sostiene una cuerda de un lado. Otro niño

sostiene la misma cuerda del otro. Y un tercero la salta. En el sueño no había saltarín. Mi hermana menor y yo les copiábamos y jugábamos con otro cordón largo cerca de la orilla. El anfitrión daba vueltas por el lugar saludando a los invitados. Nunca se acercaba a nosotros, pero a nosotros no nos importaba y seguíamos jugando.

El sueño se me entrevera cuando comienzo a oír una voz imperativa y nueva, que viene casi desde el cielo. Otra vez Dios. Una voz se cuecla dentro y me interrumpe. Interrumpe el juego y me dice cosas que no entiendo. Intento recuperar la orilla, pero no puedo. La cuerda. Otra vez. La cuerda. La voz persiste y me despierto. Mi madre me mira, expectante, fuera del auto. Mi puerta está abierta y el auto está vacío. Detrás de mamá hay un surtidor de nafta. Yo me refriego los ojos con las manos y la miro, sin entender demasiado. Entonces aparece la voz de Dios de nuevo cuando mi madre me pregunta, con tono de cansancio, si no pienso aprovechar para bajar al baño. Salgo lentamente del auto, con la ropa toda arrugada, los

pelos despeinados y un gusto amargo en la boca (recuerdo el baño encharcado de mi escuela, y los días de gimnasia, cuando debo cambiarme la ropa y ponerme el equipo deportivo saltando sobre el agua inmundada, intentando no manchar la ropa, conteniendo el vómito). Pienso en el vómito y me doy cuenta de que quiero vomitar. *Quiero vomitar*, le digo. Y ella grita ¡*la bolsa!* La busco rápido en el asiento, pero no la encuentro. Cuando me arrodillo en el suelo para fijarme si está bajo el asiento de mi padre, me pasa. Vomito. Sin querer, vomito dentro del auto. Y yo, estando fuera. Vomito al auto. Y mi madre dice ¡*pero, miija...*! y resopla mientras me toma la cabeza con las manos y me la empuja fuera del auto, para que continúe ahí. Y yo continúo, bajo la mirada atenta del empleado de la estación de servicio, que me mira con asco. No lo veo, pero noto el asco enseguida. A mí también me daría asco verlo vomitar. Pienso en eso y vomito más. Mi madre abre la valija, revuelve entre los bolsos y saca una toalla. Con el termo la empapa de agua caliente y me la da bruscamente. Luego limpia el

vómito que enchastra el asiento y el piso del auto con un trapo que escurre a unos metros de mí. Está enojada. Tiene razón.

El olor a colonia me embriaga. Aspiro aire y lo exhalo, encantada. Huelo a colonia y en el auto todo huele a colonia. El vestigio del vómito insiste, debajo, en un segundo momento de olfatear. Pero si uno tiene buena voluntad huele a agua de sándalo. Qué rica. No hay nada más rico que el agua de sándalo, pienso, y le propongo a mi hermana menor un juego. Ahora vamos los dos en el medio. Le tocaba a ella la ventanilla, pero como es la más chica no se la dieron. Y a ella mucho no le importa el abuso. Ella es buena. Siempre nos hace favores. A veces papá pierde los lentes y ella se los busca y siempre los encuentra. Otras veces hay un nudo demasiado apretado y ella lo desata pronto. Tiene dedos ágiles y buena voluntad, como dice mamá. Dormimos juntas en el mismo cuarto y antes de dormirnos jugamos

a ver quién dice *chau* por última vez antes del sueño. Y yo le digo *chau*, *hasta mañana*, y ella me responde, *hasta mañana, chau*, y así seguimos por horas. Cuando éramos más chicas jugábamos a darnos besos como los grandes, pero una vez nos descubrió mi otra hermana y amenazó con contarle a mamá que estábamos haciendo algo horripilante y espantoso y no lo volvimos a hacer. Ahora jugamos con las barbies. Yo tengo dos. A una se le sale la pierna. A veces hace de mujer con pierna amputada. Ella tiene como tres y todas tienen mucho pelo. Abundante cabellera, como Genoveva de Brabante, una princesa del libro verde que a veces leo y que no se termina nunca porque está lleno de cuentos. A mí lo que más me gusta de las barbies son las casas. Nos entretenemos haciendo las casas de las barbies y nos pasamos horas decorándolas con potes de cremas que hacen de asientos, libros abiertos que ponemos como si fueran los cuadros que ellas tienen o paredes empapeladas, pañuelos que son cortinas y otras cosas que vamos recolectando con paciencia en

toda nuestra casa para decorar las casas de ellas. Los biombos siempre dan distinción.

Ahora estoy contenta porque ya no voy a vomitar más en el resto del viaje. Nunca lo hago dos veces. Abro un poco la ventanilla, para tomar aire fresco, pero entra una ráfaga caliente, espesa, que apaga todos nuestros ruidos con una vibración de hélice. Cierro la ventanilla. Le propongo a mi hermana jugar a las Grandes Tiendas de París, donde no se puede decir ni sí ni no ni blanco ni negro. Jugamos. Mi padre conduce en silencio. Mi madre mira la carretera, inmóvil. *Buena día, señora, ¿en qué le puedo ayudar?*, le digo. *Estoy buscando...* Mi hermana piensa por un rato y me pongo ansiosa. *Estoy buscando un par de medias*, termina. *Oh, justamente hoy nos llegó la última colección, ¿quiere verlas? Sí. Yo me río y hago alharaca de mi triunfo. Ella se ofende (ella se ofende mucho) y se da vuelta. Me quedo un rato en silencio y de repente le pido a mamá una empanada. Me la alcanza y me la como. Después le acaricio el pelo. Mamá me sonrío y me da otra. Mi hermano, a*

mi lado, me dice, bien bajito, *dumbo vomitona, dumbó vomitona* y yo le grito *no me digas dumbó* y él prosigue *dumbo-dumbo-dumbo*, y lloro. Mamá suspira adelante y dice que ella también tiene orejas grandes. Interrumpo el llanto para mirarle la orejas y me doy cuenta de que miente. Sigo llorando y mi hermana mayor interviene para decirme que no debo dejarme atormentar, que lo mejor es reírme y no hacer caso. Mi hermano sigue *dumbo-dumbo* y yo lloro más, con hipo y todo.

Quisiera decir. Quisiera decir. Quisiera decir tu nombre. Quisiera contarte. Que tengo abierta una herida. Canto junto a José Luis Perales pensando en José Enrique. Quizás un día José Enrique me bese. No me gustan los dientes que tiene. Ese sería un problema. Se le enciman los colmillos. Los tiene trepados a la encía, amarillos. Cuando lo miro a José Enrique mis ojos se pierden en los dientes y no puedo evitarlo. Sé que debo evitarlo, pero no puedo evitarlo. En el pasacasete canta José

Luis Perales. El casete es de mi hermana mayor, pero yo conozco las letras de memoria, porque a veces me tiro en la cama con ella a escuchar. Ella piensa en los novios y yo pienso en los novios. Los novios de ella son más altos que los míos. Los de ella tienen granos. Los míos tienen dientes que se enciman. A mi madre no le gusta José Luis Perales. Prefiere sevillanas. Y mi padre tiene un gusto muy enigmático. Tengo que acordarme después de hablar sobre el sentido de la palabra *enigma*. Me cambio el anillo de dedo para recordar. Tengo un anillo de cáscara de coco. Me lo regaló mi tía. *Qué bohemia estás*, me dijo mamá, sonriente, cuando lo vio. Yo dije *soy flor de bohemia*. Ahora el anillo está en el índice en vez de estar en el anular. Así recordaré lo que debo decir cuando haya acabado con esto. Mi padre. Él a veces escucha a Isabel Pantoja. A mí me parece muy atormentada. No sé bien, lo que se dice bien, qué quiere decir atormentada, pero me imagino. Mi hermana no quiere que me atormenten por mis orejas grandes, pero me atormentan igual. Mi madre no quiere que

atormentemos a mi hermana menor diciéndole que es adoptada, pero no le hacemos caso y le decimos, una y otra vez, que ella no es quien cree ser, pero que igual la querremos siempre porque ella es buena.

Los atormentados son atormentados aunque alguien intente protegerlos. Hay algo en el tormento que los hace abrazarlo aunque les pique el cuerpo y el escozor les lastime la lengua. Yo intento proteger a Alí, que es la mejor alumna en gimnasia y la peor en todo lo demás. Todos la atormentan porque es burra y porque tiene dientes de conejo, pero yo la protejo. No sirve de nada, pero lo hago igual. Ella tira la pelota como nadie. Dobla el brazo y la coloca entre la mano y la costilla, toma impulso y la tira así, de costado, en diagonal. La pelota cruza la cancha y me pega en la panza o en la cola (intento esconderme de la pelota en vez de agarrarla, y eso está mal en el juego) y en ese momento pienso mal de Alí, porque me duele cómo pega. Pero después se me pasa. A veces Alí me convida con coca-cola. Ella

toma coca-cola y yo le pregunto si me convida. Ella me da la botella y yo chupo del pico. Ella toma la botella y limpia el pico con la moña. A mí me da rabia pero no le digo nada porque la botella no es mía. Después entramos a clase pero ella está en la luna. La maestra le pregunta: *Allí las tablas* y ella saca los dientes de conejo, sonrío y encoge los hombros. Yo sé las tablas pero no me importan. Me gusta la del nueve porque las cifras que resultan de la multiplicación, sumadas, dan nueve. Dos por nueve es dieciocho. Ocho más uno es nueve. Me gustan esas cosas. Cosas así.

Papá se ríe y abandono las tablas para mí. Está escuchando la radio y tomando mate. Me gusta cómo maneja papá. Creo que nunca va a chocar. No quiero que choque. Él nunca va a chocar. Quiero tocar madera para que papá nunca choque. No encuentro madera. Entonces me toco la coronilla. Me toco la coronilla para que papá nunca choque. Ya está. Ahora sí. Papá se ríe nuevamente y miro su nuca. Escucho junto a él, viendo de cerca las hebras blancas de pelo,

oliendo de cerca la gomina verde azulada que usa siempre. Un cómico cuenta chistes en la radio. Papá y mamá escuchan al cómico. Yo también, pero me aburro mucho antes de que llegue el final. Interrumpo al señor y le pregunto a papá si quiere que yo le cuente un chiste. Dice que sí, pero no sé si quiere. Le digo *bueno* y me quedo un momento pensando cómo empezaba y ya de paso hago tiempo para que mi padre se dé cuenta de que tiene que bajar el volumen de la radio porque si no va a ser imposible hablar. Pero nadie baja el volumen. Carraspeo.

Le cuento el de la monja que se llamaba Era y le decían Soreta. La monja lloraba y lloraba porque todos le decían Soreta para acá, Soreta para allá, y ella llora y llora porque no le gustaba el apodo. Estoy hablando a los gritos porque la radio me molesta y pienso que si hablo a los gritos tal vez se percaten de que deberían ser considerados y bajar el volumen. Mamá se da vuelta para mirarme. Mi hermano está durmiendo. Mi hermana menor está durmiendo. Mi

hermana mayor mira por la ventana, como si ella también contara postes. Un día Soretita va a la oficina de la Madre Superiora y le dice: *Madre Superiora, yo no aguanto más, quiero que me busque un nombre nuevo, porque así no aguanto más.* La Madre Superiora dice: *Hija mía, mira esta semilla. Hoy mismo la plantaré y dentro de un mes tú volverás y veremos cuál es la planta que nace de esta semilla, porque esa planta te dará un nombre nuevo.* Entonces Soretita se va muy contenta y pasa un mes pensando en ser Rosa, Alegría o Santa Rita. Mi hermana me interrumpe para decirme, con voz de mordisco, *mentira.* Yo me defiendo: *mentira, ¿qué? Ella responde: mentira, no puede llamarse Santa Rita porque nadie le va a decir Santa Rita.* Yo le digo que sí puede ser porque hay monjas que son santas. Ella dice que no, que una persona es monja o es santa, pero que nunca es las dos cosas. La ignoro y sigo. El cómico de la radio está hablando de un hombre albino que era objeto de toda clase de murmuraciones. Me parece que mi padre está escuchando otra vez ese

chiste y que ya se olvidó del mío. Grito más. ¡De repente llega el día y Soretita va a la oficina de la Madre Superiora, que está muy triste detrás del escritorio, mirando a Soretita con pena! La voz se me tensa en el grito. ¡Soretita le pregunta a la Madre Superiora: *¿Qué soy?, ¿qué soy?* La Madre Superiora le dice: *Lo siento mucho Soretita, pero desde ahora deberás llamarte Sorongo...!*

Hay un instante de silencio, que para mí es de expectación, y el corazón se me aprieta. Por fin mis padres se ríen. Papá parece más divertido que mamá. La risa se le prolonga más. Se parece más a la risa que tiene cuando se ríe en serio. Cuando papá se ríe en serio hace cosas como quedar todo colorado, ahogar la voz y repetir tres veces el relato del cuento que lo hizo reír (*enciclopedia, enciclopedia, enciclopedia*). Mi hermana mayor no parece convencida y me pelea. Me dice que un hongo nunca nace de semilla. Yo le digo que sí, que algunos tienen semillas. Ella me pide que no sea burra. Dice: *mamá, ¿no es cierto que los hongos no nacen de semilla?* Mamá dice que sí, que es cierto,

pero que yo sólo estoy contando un chiste. Todos nos quedamos en silencio por un segundo. Afuera las nubes se ponen tenebrosas. Pienso que no debe ser cierto eso de que pasan ángeles cuando uno queda callado y son menos veinte. Eso no me convence para nada.. ¿Por qué tienen que pasar sólo menos veinte? No entiendo. Papá sube la radio y escuchamos la risa de los que festejan el chiste del señor. Yo no me estroy riendo. No me río, no.

Mi hermana menor grita *¡ya es la hora!* Mi hermano le da la razón y me dice: *lo lamento mucho, pequeña, pero debes cedermte tu lugar, cariño.* Le pregunto por qué habla como si estuviera en una película. Me sonrío, entrecerrando los ojos, y pienso que se volvió loco. Resoplo. Mi hermana mayor está rogándole a la chica que por favor la deje en la ventanilla, que a cambio cuando lleguemos al balneario ella le dejará elegir la cama. Me enojo y digo que no vale, que no vale que ella elija la cama mejor, porque entonces para eso yo le cambiaba el lugar

a ella y si es por elegir yo también tengo derecho.

Mi hermano interviene y nos dice a mí y a la chica que no nos dejemos abusar, que no intercambiemos favores que comprén nuestra dignidad y amenacen la bendita unión fraterna de nuestra sangre. Definitivamente pienso que mi hermano enloqueció. La mayor nos mira a los tres con un aire profundamente agraviado. Se siente decepcionada por nuestras miserias humanas. Pienso si debí defenderla, ahora que recuerdo que antes ella me defendió mientras dormía, diciendo que yo era una neutral. Nos miramos sin arriesgar una palabra más. Ella sigue con esa expresión de *mirá vos, y yo que pensé que en ustedes sí podía confiar...* *¡qué ilusa!* Estamos silenciosos. Adelante mamá se ceba un mate. El chorro de agua caliente hace un charquito en el hoyo del terraplén que forma la yerba. Mi hermana chica abre la boca y es mi hermano el que habla. Dice: *un trato es un trato.* Derrotadas, las de las ventanillas nos paramos y pasamos por encima de las piernas de los sucesores, los dichosos. Todo el cambio de lugares es trabajoso. Lo piso a mi hermano, que protesta, corriéndose

rápidamente hacia el costado. Mi hermana mayor abre las piernas larguísimas y su muslo izquierdo me quita lugar. No cedo y yo también abro las piernas. Ahogo una queja mientras mi rodilla presiona la suya. La pulsada de muslos nos deja a ambas en un sitio más equitativo. Mi hermano mira por la ventanilla como si estuviera descubriendo algo tremendamente interesante. Tuerzo la cabeza para ver yo también, pero me tapa. Estroy en el medio. Maldita sea.

Quiero un perro. Tengo peces. Tuve tortuga, pollitos, loros, hámsteres y un conejo. Mis peces nadan en una pecera grande, llena de piedritas y caracoles. Se llena de musgo y dos por tres tengo que limpiarla. Me da pereza limpiar la pecera, y me demoro, me demoro, me demoro, hasta que un día dejo de ver los peces y sólo veo la capa verde de musgo pegada al vidrio. Pego el ojo a la pecera y en una rendija veo pasar la cola de Boris, mi pez naranja. El otro se llama Otro y nada a un lado.

Es blanco y débil. Nunca pensé que fuera a vivir tanto, pero ahora creo que no lo voy a volver a ver vivo. Ahora para poder venirnos todos tranquilos de vacaciones le dejé la pecera a María, mi amiga. Le pedí que me cuidara los peces, le di la comida especial y me fui. Cuando volvía a casa caminando me di cuenta de que si alguno se moría, ella se iba a preocupar horriblemente. Volví a la casa y le dije que si se me moría algún pez, que lo tirara por el wáter. Pero que intentara que no se muriera nadie. Después mamá llamó a la madre de ella y le preguntó si no era mucha molestia cuidar esos *huéspedes*. Cuando hablaba por teléfono dijo *huéspedes* al tiempo que hacía la Señal Internacional de las Comillas, curvando los dos dedos, corriendo el aire con el ademán. Parece que la mamá de María le dijo que de ninguna manera era una molestia. Cuando mamá cortó dijo: *vamos a traerles algo de regalo a la vuelta; qué consideración*. Yo pregunté *¿un souvenir?* Mamá dijo *sí, o alguna artesanía*. Yo pregunté *¿un caracol grande y lustrado?* Mamá dijo: *puede ser, puede ser*. Qué hermosa es mi madre.

Ahora viajo y pienso que no voy a volver a ver a mi pez blanco, el Otro, porque no va a vivir mucho más. Cuando lo vi por última vez ya no nadaba. Estaba de costado, flotando en el agua, quieto. Yo golpeaba la pecera para despertarlo y él se movía apenas. Apenas giraba, rotaba para quedar derecho, pero no aguantaba. Al ratito estaba dado vuelta otra vez, flótrando dentro del agua. Yo creo que hasta que no salga a flote no lo voy a dar por muerto. Los peces tienen que flotar arriba, porque si no están vivos. Me da lástima que se me muera el Otro. Creo que Boris lo va a seguir y que ya no voy a tener peces. Y tampoco perro. Tuve otros peces antes. Pisé a uno sin querer un día en que tuve que limpiar la pecera. Lo saqué del agua y se me resbaló y el pez saltó como loco por el suelo y yo me puse nerviosa y lo corrí por la cocina, intentando bajarlo en el aire. Pero lo pisé. Sonó feo. Tuve otro más. A todos les dije que se llamaba Berta, pero en el fondo yo le decía Profesor de Órgano. No sé por qué, pero yo le decía así. Un día lo fui a comprar a la veterinaria y esa misma noche se lo

comieron Boris y el Otro. A la mañana siguiente sólo estaba la cabeza. Yo lloré y mamá me dijo que me tomara un licuado. Quise enterrarlo, pero mamá me dijo que los peces se tienen que ir por el agua, entonces lo tiré por el wáter. Por eso le dije a María que tire el próximo muerto por el wáter. Es la forma que tienen los pescados de morir sin dejar el hábitar.

En mi casa tengo un cementerio de animales. El fondo está lleno de pedacitos de cruces. Cuando un pájaro se muere nosotros lo enterramos. Mis hermanas y yo hacemos el pozo y mi hermano clava dos maderas y hace una cruz. Tenemos como siete pájaros enterrados. Las cruces no duran nada, porque se rompen cuando llueve. Esa zona del jardín es linda para encontrar lombrices. Y algún día va a haber petróleo. Estoy segura. Ojalá la casa sea nusestra, porque así ganamos toda la plata. En *Dinastia* tienen toda la plata del mundo, porque tienen petróleo. El petróleo se hace gracias a los huesos. El cementerio de Salto un día va a dar petróleo. Y los todos los animales muertos en el

jardín de casa también. Yo voy a ir en una caravana y una fila larga de autos va a recorrer la ciudad tocando bocina y nosotros también vamos a tocar bocina y vamos a gritar: *olé, olé, olé, olé, petró, leo*. Si tuviera un perro el perro un día moriría. Ahí no sé si me animo a enterrarlo en casa. No quiero tantas lombrices cerca.

Mi hermano duerme con la cabeza inclinada sobre una campera apoyada en la esquina del respaldo y el vidrio de la ventanilla. Respira con ruido. Le está creciendo la nariz. Juraría que el año pasado su nariz era más chica. Miro el campo que corre y los pastos y los postes y ahora un mojón con un número que no alcanzo a leer porque ya pasamos y luego miro el campo que corre y los pastos y los postes y los pastos, y los postes, y los pastos, y otro mojón y tampoco alcanzo a leer. Me faltan unos ciento sesenta kilómetros para volver a la ventana. Una vaca. Como cinco mil vacas y cada tanto un ternero. Intento no pensar en nada

y sólo ver el paisaje. Mi madre le acaricia la nuca a mi padre. Los dedos desaparecen bajo el pelo canoso. El brazo extendido de mi madre está pálido. Cuando volvamos va a estar bronceado y todo va a ser distinto. El codo es arrugado y gastado. Me dan ganas de tener un codo igual de gastado. Me tendré que pasar piedra pómez para que me quede igual. Mi padre la mira de reojo a mi madre. Ella sonríe. Me da vergüenza y cierro los ojos y trato de pensar en el futuro. No se me ocurre nada sobre el futuro y pienso en el pasado y está Eva. Mi amiga Eva tiene el pelo rubio casi blanco y la cara blanca cachetona y los labios rojos y un lunar al lado, que se le tuerce para arriba cuando se ríe. Yo le miro el lunar y pienso que ese lunar que ella tiene a mí me hipnotiza. A veces juego con mi hermana a hipnotizarla. Le digo con voz grave y gruesa: *ahora te voy a hipnotizar*. Entonces me saco el reloj que me regalaron en mi cumpleaños y lo agarro de la punta y lo llevo a un lado y lo llevo a otro lado, como si fuera un péndulo, para que mi hermana vaya quedando bizca de tanto seguirlo y entonces

quede hipnotizada y entonces yo pueda decirle: *ahora serás mi sirviente*. Pero ella nunca se hipnotiza. Se aburre pronto y yo me vuelvo a colocar el reloj y aquí no ha pasado nada.

Una vez Eva vino a casa a jugar y estábamos las dos jugando a sellar hojas y vino una prima segunda que yo tengo que es muy mala. Mala no. Es creída. Es eso. Tiene el pelo bien largo y juega tenis. Vino a casa y le dijo a Eva: *correte, gorda*. Yo me enojé pero no le dije nada. Eva puso cara de que no le importaba, pero se fue al baño, volvió con la nariz roja y me dijo: *me voy a casa, chau*. Mi prima segunda selló las hojas que quedaban sin sellar, tomó un licuado de banana y se fue sin despedirse. Otro día Eva me invitó a la casa a comer asado. El padre, que es inglés, asó choclos en la Parrilla. Yo nunca había comido choclos asados. Estaban deliciosos y me comí tres.

A mí me gusta la familia de Eva. Es rara. El padre es calvo. Tiene la cara roja. Habla raro, porque es inglés. Vino a hacer la represa porque es ingeniero. Vinieron un montón de ingenieros

a hacer la represa. A mí me dijeron que no tenía que encariñarme mucho con Eva porque el padre va haciendo represas por todo el mundo y en cualquier momento la represa está pronta y ellos se van. La madre de Eva es argentina y tiene muchos rublos porque es hippie. A mí me parece linda. Me hace acordar a algo, todo el tiempo, pero no sé bien a qué. Al principio pensé que era por Jo, mi Mujercita favorita, porque es la valiente, que se anima a vender su cabellera, que es su posesión más preciada, con tal de hacer el bien. La madre de Eva, Jo y Genoveva de Bravante tienen unas cabelleras memorables. A mi madre le cae muy bien la madre de Eva. Eva tiene una hermana menor que se llama Sara y tiene el pelo todavía más rubio y la cara todavía más blanca que Eva. A mí me gusta escuchar cómo hablan el inglés.

Me encantaron aquellos choclos en casa de Eva. Después vimos *El globo rojo* y no me aguanté y me puse a llorar. Creo que es la película más linda que vi en mi vida. Es muy triste. El niño tiene un globo muy rojo que no se desinfla porque

tiene gas. Todo el mundo se lo quiere pinchar y él tiene que andar corriendo para que nadie se lo pinche. Él corre y lo cuida y el globo es lindo, porque siempre anda arriba, bien estirado, bien alto. Pero la gente es mala y persigue, y él corre y lo cuida, aunque al final se lo pinchan. Eva también llora y la nariz le queda roja. Mis padres comentan cómo se llevarán los padres ahora que hay guerra en las Malvinas. Yo creo que ellos no se pelean, pero igual le pregunto a Eva si los padres se pelean mucho por la guerra y ella me dice que no sabe. Un día yo estaba en la casa de ella montada en la manzana saltarina y la madre de Eva estaba con la máquina de coser y Eva le preguntó si ella estaba enojada con el padre por la guerra. La madre sonrió y le dijo que la guerra estaba lejos. Otro día mis padres fueron a una manifestación por la democracia y Eva estaba conmigo y fuimos todos y en la plaza saltamos *el que no salta es un botón*. Eva saltaba más que yo y aplaudía y hasta se acercó al estrado para estar más cerca de los políticos. Yo estaba parada al lado de las piernas de papá y

de repente vi entre las piernas de los otros a Eva, parada al lado del estrado sacudiendo un banderín. Fui con ella y me quedé parada al lado, oliéndole el pelo mientras cantaba *en el bosque de la China*. Ella me prestó la bandera y yo pensé que ella era una valiente.

Un día se fueron. Eva me dijo que el padre tenía que ir a Pakistán y yo me puse a llorar. Ella me dijo que no llorara pero no encontré razón para no hacerlo. Mamá me dijo que no llorara pero por más que traté no pude hacerlo. Antes de que se fueran fui con mamá a la casa de Eva y ella me regaló la manzana saltarina. La madre de Eva le regaló a mamá varios vestidos de Eva y de Sara para mí y para mi hermana. Aunque Eva era más gordita que yo, algún día me iban a servir. Mamá la abrazó y yo también. Después mamá abrazó a Eva y yo también, pero más rato. Eva me dijo que me iba a escribir cartas y le dije que yo también. Ella me dijo que le iba a poner pegotines a sus cartas y le dije que yo también, los más lindos. Después me fui y cuando me subí

al auto me puse a llorar pero ahí mamá no dijo nada. A veces me pongo los vestidos de Eva. Son largos y tienen flores, como los de Sarah Kay. El otro día volvía de la plaza y en la calle me gritaron *sacate el camión*. Yo no hice caso, pero cuando llegué a casa me puse a llorar. Después me saqué el vestido y lo colgué. Ya no sé si usar esos vestidos que parecen camiones. Mandé dos cartas con pegotines a Pakistán, pero Eva no contesta. Yo ya no sé dónde está. Mamá tampoco. Nadie sabe. No sabemos.

Las rodillas de mis hermanas son mucho más lindas que las mías. La chica tiene bermudas a cuadros. La tela se llama cloqué. La grande tiene un *jogging* lila. Ellas tienen piernas bien torneadas y rodillas huesudas y las piernas se les ponen angostas al llegar a las rodillas. Es así: tienen los muslos largos y las pantorrillas largas y bien torneadas, pero las rodillas son chicas y flacas y vienen a ser una especie de reloj de arena en las piernas que

ellas tienen. Los huesos son delicados y me dan ganas de morderlas de tan lindas que son. Yo no tengo rodillas así. Yo tengo las rodillas del mismo tamaño que los muslos y que las pantorrillas. Entonces parezco una gordita. No es que sea gordita, pero es que las rodillas las tengo con esa forma que engaña. No voy a ser modelo. Si ellas quieren ser modelos yo las voy a aplaudir cuando ellas pasen por la pasarela. *Chan, chan, chan*. Alguien les va a gritar *¡hermosas!*, y yo voy a decir: *de acuerdo, pero momentito, no les faltes el respeto*. Seré la misionera que aplaude y mi cruz de madera será austera y yo seré austera y profunda como una muchacha que se esmera, tan esmerada como esas mujeres de boca enorme que están concentradísimas cuando abrochan un collar difícil alrededor de un cuello, intentan no pisar un charco sucio, trasladan una bandeja con copas frágiles, miden cualquier cosa con una cinta métrica, se agachan para buscar una horquilla perdida, enhebran un hilo en una aguja, escuchan una canción que luego han de juzgar, avanzan por un cordón angosto siendo equilibristas

novatas. Pero ellas no quieren ser modelos. Ya les pregunté y a ninguna le interesa.

Le propongo a mi hermano que juguemos un serio. Me juega. Lo miro. Le miro el entrecejo, donde unos pelos minúsculos le hacen una sombra que sólo se ve si uno quiere verla. Intento pensar en cosas tristes. Pienso en Eva otra vez, pero la tristeza ya se fue y no me sirve para ganarle. Pienso en la cosa más horripilante que hay en el mundo. Ya sé. Son las plantas carnívoras que devoran a los bichos que se posan en los capullos humedecidos por los bosques tropicales o las selvas mojadas donde ellas nacen y crecen y se ponen voluptuosas y ávidas de carne humana y de engullir los dedos de la gente que, por tontería o por curiosidad o sin darse cuenta, las tocan, aunque sea breve o delicadamente. A veces se comen moscas e incluso se ha sabido de un colibrí que fue comido por las plantas carnívoras. Personas han quedado mancas. Me da miedo lo que lastima aunque uno no haya hecho nada malo. Tocar algo carnívoro puede ser fatal. Hay que tener mucho cuidado. Las plantas carnívoras me sirven

para jugar al serio. Pero mi hermano me hace unas morisquetas bastante insólitas: abre las narinas y suelta aire como si fuera un hombre furibundo y concentrado al mismo tiempo. Empiezo a tentarme y hago contorsiones con la boca para no reírme. Él me mira con aire triunfal. Me gana. Me dice que si quiero me da revancha. No quiero. Para qué, si sé que voy a perder.

Ahora escuchamos a Crystal Gayle, que es una cantante country que a mi padre le gusta mucho. No sé si es su cantante favorita, pero está cerca. Ella es de Kentucky. Ella canta como si consolara. Nos aprendimos algunas canciones de memoria, aunque no sabemos bien el inglés. Mi maestra favorita es Lil. Mi color favorito es el azul, y a veces también el rojo. Pero más es el azul que el verde. Mi animal favorito es el perro. Mi país favorito es Uruguay y también España. Mi tía vive en España. El esposo se llama Jesús. Le pusieron Jesús porque era el más chico y vivía en un pueblo. Lo tenían apartado para que fuera cura, pero él no quería ser cura. Quería ser otra cosa, pero estudió para cura. Al más

grande también lo apartaron para algo, creo que para carpintero. Jesús no quería ser cura y al final no fue cura porque conoció a mi tía. Ahora viven allá en España y trabajan en la imprenta. Cuando él vino jugamos a «mi barba tiene tres pelos, tres pelos tiene mi barba». Yo le contestaba *mi barba tiene tres pitos, tres pitos tiene mi barba*. Después mi hermano siguió cantando *mi barba tiene tres culos, tres culos tiene mi barba*. Después cantamos *mi culo tiene tres pitos, tres pitos tiene mi culo*. Él no nos dejaba y nos decía *no me hace ninguna gracia*. Él dice *hace y gracia como diciendo haze y grazia*. Me da mucha felicidad escucharle decir la zeta.

Mi almanaque favorito es el de Suiza. Me gustan las casas con nieve al costado y el lago y las montañas. Mi dibujo animado favorito es *Meteoro*, y también a veces *Heidi*. Para mí que ella vive en Suiza. Me gusta cuando canta *abuelito dime tú, qué sonidos son los que oigo yo, abuelito dime tú, por qué en una nube voy, dime por qué yo soy tan feliz*. Yo a veces la cantaba bien y a veces cantaba otras cosas, como por ejemplo *abuelito dementín*. Mi

chiste favorito después del de Sor Era es uno de locos que se escapan del manicomio vestidos de caramelos y a uno le dicen si acaso él es demente y él contesta que no, que es chocolete. La otra vez papá me preguntó si cuando yo sea grande quiero contar chistes como profesión. Me quedé pensando. Creo que no. Mi trabajo favorito para cuando sea grande es ser misionera. Mi tía la española antes de casarse con Jesús era misionera.

Ahora paramos a descansar. Papá estira las piernas. Le crujen cuando las estira. Nos bajamos todos al borde del camino, donde hay árboles. Son eucaliptos. Agarro una hoja del suelo y la muerdo. Me gustaría que fuera menta. Mi helado favorito es el de menta. Pero la hoja no tiene gusto a menta. Tiene gusto a pasto. Mamá va detrás de un árbol a hacer pichí. Mi hermana mayor no quiere salir del auto. Está empacada, pero no sabemos por qué. Yo también estiro las piernas, pero a mí no me suenan. Mi hermana menor va con mamá a hacer pichí detrás del árbol. Mamá me pregunta si yo no quiero. Le digo que no. Me dice que después

no proteste si me vienen ganas. Le digo que no. Mi hermano abre el baúl del auto y revuelve el equipaje. Mi padre le dice que deje quieto, pero mi hermano está buscando un cortaplumas que no corta que le regalaron hace un tiempo. A él le gusta, pero no corta. Parece un cortaplumas suizo, pero no es. Ahora vuelve con el cortaplumas y desgarrta un pedazo de corteza y hunde lo que vendría a ser el filo de arma blanca (un hermoso cuchillo blanco alado como un ángel especialmente rubio es lo que imagino cuando digo *arma blanca*). Se queda mirándolo. Hace cálculos, parece.

Doy vueltas alrededor del árbol que raspó mi hermano. Cuento los pasos del redondel con mucho cuidado. Son doce pasos si voy pegando los pies uno después del otro, y seis si camino como siempre, con mis pasos comunes. Mamá y mi hermana menor vuelven de detrás del árbol. *La mitad*, digo, pensando en enigmas. Mi hermana viene otra vez corriendo desde el auto. Trae la máquina de fotos colgando. Mi hermana mayor viene corriendo atrás. Ahora está contenta, para mí

que es porque ella y mi hermano están tramando algo. La abrazo y me mira desde arriba y guiña un ojo. La abrazo más. Mi hermano dice que nos tenemos que sacar una foto. Todos nos alegramos y a todos nos parece que es una buena idea. Mamá dice que entonces luego podemos poner en el álbum que así empezaron las vacaciones. No sabemos cómo se saca la foto automáticamente, para que mi hermano pueda estar presente. Él dice que cree que sabe, pero igual no hay dónde apoyar la cámara para sacar la foto. No hay un tronco talado que sirva de mesita ni tampoco podemos usar el capó del auto porque papá dice que se va a resbalar la cámara. Me desespero porque intuyo que en cualquier momento papá o mamá van a decir que bueno, que no importa, que mejor sigamos porque estamos demorando mucho. Mi hermano también se desespera. Nos miramos (mi hermana menor a mi hermano, yo a mi hermana menor, mi hermano todo alrededor) hasta que mamá propone que él saque una foto y que luego ella nos saca una foto a todos. No me gusta esa solución

porque siempre falta uno. Dudamos. Mi hermana mayor tiene una idea genial. Dice que por qué no ponemos la cámara sobre el pasto, acostada, y que nosotros nos abrazamos alrededor, todos parados pero con las cabezas bien juntas haciendo un círculo alrededor del visor de la cámara. Como cuando en las películas los equipos de fútbol o de béisbol dicen *todos para uno, uno para todos*. A mi padre le parece una buena idea. Mi hermano se saca la campera y la pone sobre el pasto. Recuesta la cámara encima y le toca unos botones. Mi hermana menor está nerviosísima, como si estuviera a punto de explorar una bomba. Le pregunta si ya está a cada rato. Mi hermano está inclinado sobre la cámara, con el ceño fruncido. Miro sus rodillas grandes, su rótula casi transparente por la piel tirante (él está en cucullas). Extiende sus brazos (qué largos esos brazos, Dios mío, cómo pueden ser tan largos) y soporta el apuro de todos, hasta que de repente pierde la paciencia y le dice a mi hermanita que se calle. Ella lo mira con cara de estar a punto de llorar; le tiembla el mentón y

los ojos se le llenan de lágrimas y las lágrimas son rebosantes y ya parece que van a derramarse todas juntas en un estallido y pienso en *Candy* y estoy segura de que en menos de tres segundos ella se irá corriendo y mi padre dará por terminado el asunto y todos volveremos al auto nauseabundo, cuando por suerte mi hermano exclama que ya está y que nos tenemos que abrazar y mirar a cámara y decir *whisky* antes de que la foto se dispare. Le hacemos caso. Estamos abrazados todos mirando al suelo, a la cámara. Una luz roja titila en el frente. Nos vemos reflejados en el cristal del visor. Detrás de nuestras cabezas está el cielo con nubes. Nos cuesta mantenernos quietos. A mí me toca entre mi hermana mayor y papá. Al lado de papá está mi hermana menor y a su lado está mamá y a su lado está mi hermano y luego viene mi hermana mayor y de vuelta yo. Decimos *whisky* otra vez, porque la cámara demora. La sonrisa está a punto de quedar endurecida. Que saque, que saque. *Que saque, que saque, digo. Que saque, que saque, repite la más chica*. Mamá suspira ruidosamente y definitivamente

estamos congelados. Sucede. La cámara hace clic. Y todos respiramos y nos soltamos rápidamente y nos vamos caminando hacia el auto con algo de pudor y algo de cariño.

A mí me gustaría mucho descansar en el paraje un rato más, probar con pasos largos alrededor del tronco a ver qué pasa (¿acaso serían tres?), pero nos vamos. Mi madre nos dice que si vamos a hacer el cambio de los doscientos kilómetros nos conviene hacerlo en ese mismo lugar, en ese preciso momento, ya que luego adentro será un lío. Mi hermana menor dice que no vale, ya que faltan todavía siete kilómetros para que se cumplan doscientos. Mi hermano apoya a mi hermana menor. Mi madre hace su rictus de desacuerdo y vuelve a suspirar. *Está bien, está bien*, dice mi hermana menor, con aire vencido. Mi hermano dice que no es justo. Yo estoy un poco triste. No sé bien por qué, pero ya ni tengo ganas de pelearme con mi hermano para convencerlo de que me ceda en ese

instante la ventanilla. Ya están todos en el auto y mi hermano me mira con ojos amenazantes, esperando que entre de una vez. No me resisto. Ya no me importa la ventanilla, porque estoy triste. Subo. Él entra después, victorioso. Cierra la puerta con fuerza. Papá arranca el auto, pone el señalero y otra vez estamos en la ruta. A veces el viaje es tan largo que me acostumbro y después no quiero llegar. Ahora, por ejemplo. Ya no quiero llegar. Por mí que nos quedemos acá para siempre, para siempre en este asiento tapizado de cuero beige y el aire que huele a pijama y miguitas de empanada entre las piernas. Me como otra empanada más. Mi hermana mayor parece otra vez empacada, pero no es conmigo. Averiguo: *¿qué paso?* Me dice: *nada*. Le digo: *tengo mal aliento*. Alzo la mano, hago un hueco de modo tal que cuando soplo el aire sea devuelto por el cuenco que forma la palma. El aire es devuelto. Lo aspiro. Contengo el aire. No tengo mal aliento. Le soplo en la cara. Pone cara de asco pero enseguida la cambia por otra sonriente. *No*, me dice. Ella me sopla a mí su aire. Tiene un

gusto a burbujas, pero no es feo el aliento. *Está perfecto*, le digo. Ahora me toca viajar al lado de ella. Sigo en el medio. Me mira y me dice *gordis*, y pone los dedos así apenas tocándome los párpados. Siempre hace eso porque sabe que entonces me duermo. Mi hermana menor pregunta cuánto falta para llegar. Mi madre contesta que menos que antes. Mi hermana mayor me sigue haciendo así con los dedos y yo sé que me voy a dormir otra vez. Me apoyo contra su hombro, pero el hombro es huesudo y tengo que poner una campera para que haga de almohada. Pongo la campera y me estoy por dormir. En la radio hay ruidos de rayos, como si lloviera. Abro los ojos y afuera la luz se está apagando, pero no llueve. Me acuerdo de la corteza de mi hermano. Se la pido. Me dice que adivine dónde está y cierra los dos puños para que elija. Toco un puño y lo abre y la mano está vacía. Toco el otro y también está vacía. Me enojo y vuelvo a cerrar los ojos.

Pienso en la corteza. El árbol ahora está raspado. Mi hermano tiene un souvenir del árbol de

la ruta, del árbol como es ahora, que es verano. Mi árbol favorito es el jacarandá de casa. El lapacho me gusta por las flores que tiene. El hombro de mi hermana es huesudo igual, aunque ponga la campera. Abro los ojos. No puedo dormir. Hay olor a pijama otra vez. Pero no es sólo el de mi hermano. Es el olor de nosotros juntos cuando hace como un día entero que estamos adentro y en la alfombra del lado de mi madre hay restos de yerba y entre nosotros están las migas y luego mi vómito sofocado por el sándalo y luego nuestras narices respirando y el calor. Este calor. Mamá se ríe de algo. Me inclino para apretar el botón de la puerta de papá. Siempre se olvida de apretar bien el botón. Después me hago lugar entre mi hermana mayor y mi hermana menor y trato de apoyarme entre los asientos de papá y mamá, para escuchar de qué se ríe mamá. Pero ahora se callan. Papá mancha en silencio, pero hace caras como si estuviera imaginando una conversación. *Quiero hacer pichí*, digo, y los dos suspiran.

Vacas. Postes. Auto blanco con conductor solo. Auto rojo con familia. Camioneta con dos hombres. Camión con vacas. Surco que deja ca-
mión con vacas que orinan y defecan por el susto de viajar apretadas con un destino incierto. Me he hecho especialista en mirar por la ventanilla desde mi lugar del medio. Mi hermano duerme con la boca abierta. Yo digo *para qué tanta pelea si al final se iba a dormir. Qué manera de perder el tiempo.* Me gusta Hermandarias porque trajo el ganado vacuno. Me gustan las vacas y esos ojos tristes que ellas tienen. No querría ser ternero porque ahora que soy humano sé que el destino de los terneros es triste. Sabría que pronto matarán a mi madre, que le golpearán la cabeza con un martillo y que luego le sacarán el cuero y la cortarán en tantos pedazos que nadie nunca podrá reconocer que las pezuñas esas son las de mi madre, que ese hocico le pertenecía. No querría que me detetaran y me dejaran en un corral mugiendo solo toda la noche. Pero me gustan las vacas, sí, me gustan mucho. Eso que tienen, la sumisión. Ahora veo una vaca

y desde el alambrado la vaca me mira y tuerzo la cabeza para seguir mirándola mientras el auto se aleja, nos estamos alejando y me despido *chau, vaca*, y ella se queda mirándome un instante antes de correr espantada. Yo no le hago nada. Yo no le hice nada. Sólo la vi. ¿Por qué habrá corrido la vaca si yo sólo la miraba? Me gustan las vacas blancas y negras, pero también me gustan las marrones. Le propongo a mi hermana que cuente las marrones. Yo contaré las otras. Mi hermana me dice *no vale porque marrones casi no hay.* A nada se puede jugar en este auto. Atardece y todos somos anaranjados acá adentro, empezando por mis hermanas y mi madre, que viajan a la derecha.

Mamá anuncia que falta poco para llegar. Gracias, Dios, por hacer que lleguemos bien, sanos y salvos. Dios, por favor hacé que lleguemos bien, sanos y salvos. No quiero chocar, no quiero. Ya aprovecho para pedirte por favor no me vengas más lunares. No quiero tener más el lunar en la planta de los pies. Me da vergüenza. Ahora cuando tomo sol siempre me tapo un pie con otro pie, porque no

quiero que me vean así acostada que en la planta tengo el lunar. Para mí que me salió el año pasado un día que pisé alquitrán en la playa y se ve que no me bañé bien y me quedó la mancha esa horrible y después me salió piel nueva arriba de la mancha y ahora la mancha está encerrada y ya no tengo nada que hacer. Eso es para mí lo que pasó, es lo que yo pienso. Ya nunca voy a poder ser modelo. Igual, no me importa, porque en el fondo no quería ser modelo; si tengo que querer, quiero ser misionera. Pero con esa mancha en el pie izquierdo y la quemadura del caño de escape en el tobillo y además mis orejas y las rodillas gordas nunca me van a querer para modelo. Pero no me importa.

Anochece. Mi padre se tapa los ojos de vez en cuando con el revés de la mano, apenas un segundo, cuando lo encandilan. Lo encandilan a cada rato, los que vienen atrás y los que vienen de frente. Mi padre masculla cosas que son insultos. Yo lo miro con inquietud. *Dios, acordate de lo que te dije.* Papá está cansado. Ah, qué largo es este viaje. Me inclino sobre mi hermano y, sin preguntarle si puedo o no

puedo, bajo apenas el vidrio de la ventanilla y se cueela un aire que hace un ruido como si alguien chiflara una nota estridente como un alma en pena o un perro vagabundo aullando o un globo desinflado repentinamente. Mi hermano me dice que lo cierre. Yo le digo *sí, pero es que con ese olor a pijama que tenés algo hay que abrir.* Mi hermano me hace así con el dedo. Le digo *puto.* Cuando nos enojamos con él lo que le decimos es *puto*, pero ahí él se enoja tanto que da miedo. Me pellizca el brazo con fuerza y me retuerce la piel. Le digo *puto* de vuelta. *Te voy a fajar*, me dice, y se me tira encima y me caigo sobre mi hermana menor. Ella grita. Mi madre se da vuelta y dice *pero será posible, será posible, qué falta de colaboración.* Nos pega con la mano en las rodillas y me pongo a llorar y lloro a los gritos. Mi hermano mira por la ventanilla y parece que sufre más que yo pero no llora. Yo lloro por mí y también lloro porque él sufre y mira por la ventanilla. Mi hermana mayor está durmiendo y nunca se despertó. Esta vez no me importa el hombro huesudo. Quiero dormir y despertarme cuando ya estemos

ahí, cuando ya hayamos llegado. No me gusta más este viaje. Ojalá ya hubiera acabado. Mi padre silba algo y es más lindo que el viento entrando por la ranura de la ventanilla. Intento imitarlo pero no sé silbar, y además todavía tengo mocos por haber llorado. Me duermo intentando el silbido.

Sueño que monto una vaca y me lleva al paso hasta el Amazonas. En el Amazonas me hago amiga de una víbora y ella me lleva hasta un árbol que tiene una cueva. En la cueva está Luisita, la vecina de mi casa, que siempre me toca timbre para jugar y yo no quiero. *No quiero que esté Luisita en mi cueva*, le digo a la víbora, pero la víbora ya no está. Mi vaca come el pasto en la Amazonia. Luisita me mira con cara de querer jugar, y esta vez le digo que sí, acepto.

Cuando me despierto mi hermana grande está donde viajaba mi hermano y mi hermano ocupa el otro lugar en la ventanilla. Parece que mi padre ordenó que mi hermano y yo nos separáramos

porque estábamos insoportables. Mi hermana grande canta una canción que dice Acapulco y es en italiano. Mi hermano le pregunta qué prefere, si ir a Acapulco y tomar un agua de coco que lo vuelve a uno inmortal o ir a Honolulu y buceando bajo el agua encontrar Atlántida, la Ciudad Perdida de los Mares. Ella se queda en silencio, dudando. Todos dudamos. Mi hermana menor quiere ser inmortal, y los otros tres preferimos encontrar Atlántida, la Ciudad Perdida de los Mares. Mi hermano dice que prefere respirar debajo del agua antes que encontrar Atlántida. Puede ser que tenga razón. Mis padres no contestan. Bu-ccar nunca buceé, la verdad. Pero pienso mucho en esa ciudad que quedó sumergida una vez que los mares la taparon para siempre. Pienso en los ahogados, en las burbujas que respiraron antes de morir; me pregunto cómo sonará esa ciudad bajo el agua y me da miedo sólo pensarlo. Cuando vamos en verano a la playa a mí me gusta darme el primer baño de mar y el último baño de mar con mucho cuidado y atención. Mañana si no

llueve y también si llueve vamos a ir todos a la playa y entonces yo me voy a acercar a la orilla y después voy a entrar despacito. Sé que me va a doler el frío del agua, pero no me importa. Me gusta meterme al agua de mar por primera vez después de tiempo. Hace un año de la otra vez y esa vez hacía un año de la otra vez. Entro al agua y camino pisando como sin pisar el fondo. A veces me veo los dedos de los pies, pero no es tan común que pase. Avanzo en el agua y la piel de los brazos se me eriza por el frío. Después sólo tengo que tomar impulso y zambullirme y echar burbujas por la nariz y abrir los ojos bajo el agua mirando el cielo. Miro el cielo bajo el agua y entonces todo se me cura. Es la máxima salud mirar hacia arriba bajo el agua. Cuando me levanto tengo gusto salado en el paladar y en mis hombros y entonces yo me lamo los hombros para tener más sal en el paladar, porque me gusta. Después hago la plancha por un buen rato y a veces jugamos a saltar las olas cuando vienen altas, o avanzo bien hasta lo hondo si papá se mete al agua. Si papá

se mete es mucho mejor porque voy bien hasta lo hondo y el agua me llega al mentón y todo es mucho más interesante.

Después cuando salimos hacemos tortitas de arena con mi hermana menor. Buscamos bolsas de nailon y guardamos arena adentro y después amasamos la arena dentro de las bolsas para darle forma de comida o milanesas. Mientras amasamos decimos cosas como *buen día señora, cómo le va, hoy vamos a mostrarle a la teleaudiencia cómo se hacen unas riquísimas milanesas*. Mientras tanto nos sorbemos los mocos que a veces se aflojan porque estuvimos en el agua mucho rato. De noche nos arde la espalda porque estamos muy quemadas. Dormimos juntas mi hermana menor y yo, o a veces los cuatro juntos en un cuarto, o a veces las tres mujeres de un lado y el varón del otro. Depende de la casa y del año y del trabajo y de la sequía. Si puedo elegir me gusta la cama que da hacia fuera, la que quede cerca de una ventana. La casa de mañana tiene dos cuartos para los cuatro, pero uno es minúsculo y ahí mi hermano

va a dormir solo. Tengo que convencer a mis dos hermanas de que me dejen la cama que yo quiero. No va a ser fácil.

Otra cosa que me gusta es hacer pozos lo más hondo que se pueda y hacer una montaña con la arena que saco del pozo hasta empezar a encontrar arena más mojada, el barro, y entonces voy haciendo en la punta de la montaña una punta de barro que parece chocolate derretido que después se endurece, que es lo contrario a lo que pasa cuando uno está tomando un helado, que siempre se chorrea, no importa si uno tiene o no tiene cuidado. En la playa me gusta también que papá y mamá usen lentes de sol y me gusta el olor a coco del bronceador de mi hermana. Mi hermano se encuentra con nuestro primo y los dos se ponen a hacer alguna cosa, como por ejemplo: nadar, jugar con la tablita de espuma plast, comer refuerzos agachados en cucullas, jugar a la paleta todo el tiempo. La radio siempre está prendida de tarde.

Los grandes se bañan menos que nosotros en el mar. Mamá se baña mojándose en la orilla.

Agarra agua con las manos haciendo de cuenco, y después se la echa a la cara y al escote. Me gusta ver cómo hace eso, echarse el agua. Ella no sabe nadar y le asustan las olas, pero entra con papá si él también quiere bañarse. Papá entra acomodándose el short. Tiene piernas lindas y unas pantorillas de curva optimista, y la panza que se le balancea apenas sobre el agua mientras avanza. Después se zambulle. Siempre lo hace de golpe, como si se resbalara hacia adentro, como si alguien le tirara del pie hacia abajo con mucha fuerza. Después salta con un pie y sacude la cabeza y salta con el otro pie y se sacude la cabeza para que no le entre agua en los oídos y parece un perrito estremecido. Salen y se sientan un poco al sol y mamá enseguida se pone el sombrero que tiene una cinta alrededor y es de paja y después se pone cremas porque no le gusta quemarse la cara. Mamá tiene piel muy suave y sin arrugas. La llaman dos por tres cuando hay exhibiciones de cremas para la cara, para que ella haga de modelo de cara. Ella es modelo de cara en exhibiciones de crema para la cara. Se sienta y

la gente mira mientras le ponen cremas de belleza y después el maquillaje. Después cuando vuelve a casa está toda pintada y tiene el pelo cepillado con ondas y hasta perfume del fijador, que viene en un tubo precioso, un cilindro dorado con una cabellera vista de perfil. Cocina o prepara sus clases con los labios rojos y las pestañas abiertas que le dejan los ojos, que son grises y verdes al mismo tiempo, con mirada de sorprendida. Al rato cuando comemos se le fue todo, pero se sigue sintiendo el perfume.

Ya pasamos por este mismo lugar los otros años, yo me acuerdo. La ruta se ensancha y atrás de los postes hay carteles con avisos y atrás de los carteles están los cerros. Los veo como unas sombras, porque es de noche y están lejos, aunque no parezca tanto. Me doy cuenta del engaño y protesto: *pero no estamos por llegar, recién estamos en los cerros*. Nadie contesta, siguen escuchando la radio. El locutor de la voz grave me da dolor de barriga.

Me da miedo cómo habla; habla de arancelarios. Pienso en los arancelarios: una tribu de aborígenes arancelarios baja corriendo por la colina de un cerro parecido a estos de las siluetas en la sombra desde la rura. Los arancelarios bajan corriendo golpeándose la boca con las manos y gritando como unos feroces. Mi hermano le tira una flecha al jefe de los arancelarios y le da en la frente. Caen con los ojos en blanco. Yo estoy trepada en una rama alta de un árbol en el valle y veo los arancelarios como hormigas que avanzan en multitud. Son hormigas súbitas. No me asusto. Tenso el arco y la flecha se dispara y atraviesa la garganta de una arancelaria horripilante. Es la esposa del jefe. Me vanaglorio. Estamos pudiendo defendernos.

El anillo de coco me molesta. La verdad es que no sé bien qué quiere decir enigma. Yo digo enigma cuando quiero decir misterio y así uso dos palabras para decir la misma cosa, para variar un poco. Acabo de aprender bien a decir enigma. Antes decía

engima y me parecía lo más natural del mundo que un enigma fuera un *engima*. De vuelta hablo con voz de sentirme estafada *pero no estamos por llegar*, y cuando voy a decir *recién vamos en los cerros* mamá me mira con cara de disgusto y entonces me callo y me pongo a chupar el anillo. Mi hermana mayor está despierta; le pregunto en voz baja si este año usará bikini o traje de baño. Me dice que bikini. Le pregunto si usará el lila que le regaló nuestra tía para su cumpleaños y me dice que sí. *Te quedaba lindo*, le digo. Le quedaba lindo el bikini. La bombacha puede ser de tanga o puede ser un bombachudo. Creo que mi hermana va a usar el bombachudo, porque no sé si papá y mamá la dejarán que use la bombacha tanga. Yo tengo un traje de baño celeste y verde con unas aleritas en las piernas. No me gusta nada, pero este año no me compré otro traje de baño porque estamos haciendo economía en algunas cosas, y una de ellas es el traje de baño. Con lo que estoy contenta es con las sandalias de plástico, aunque hagan que me transpiren los pies. Ahora voy descalza. Todos vamos descalzos menos

papá y mamá. Miro por la ventana, inclinándome sobre mi hermana para ver mejor, y noto que ya no hay más cerros. Ella se da cuenta de que estoy con ganas de mirar, y entonces me dice *si quieres te cambio*. Me viene una felicidad y le digo que sí. Entonces paso por encima de ella y me siento del lado de la ventana. Ah, qué placer.

Canto mentalmente con los ojos cerrados. No canto con la boca diciendo las palabras *yo canto al señor porque es grande*. Canto con la boca cerrada, sólo pensando, y lo único que hago es *mmmmmmmm* haciendo música, una melodía. Es una música que yo ya conozco, de una canción de telenovela que se llama *Ligia Elena*. La letra dice: *me pongo a pintarte y no lo consigo... después de estudiarte lentamente termino... pensando... que faltan... sobre mi paleta... colores bien fuertes que reflejen tu rara... belleza...* Y sigue. Se trata de Ligia Elena que es una muchacha que tiene mucho pelo y todo frizado, como si viviera de trenzas acabadas de soltar. Ella

tiene un pretendiente que se llama Jorge Alfredo que es pintor, y es el que le canta la canción esa de me pongo a pintarte. Empiezo a musitar, que es una palabra nueva que recién digo bien, porque antes decía *musitar*, y de repente me voy de la letra y empiezo a cantar otra cosa que voy inventando a medida que canto. Digo *Rolando se va rodando, rodando Rolando va, Rodando se va rodando por un camino de la ciudad* y después sigo inventando *al otro día su novia, a la casa lo va a buscar, para decirle decirle-decirle que ya no lo aguanta más*. Mi madre me interrumpe mi canto mental porque nos dice: *ahora sí estamos por llegar, pero vamos a bajar así papá estira las piernas y comemos una medialuna*. Abro los ojos y veo que llegamos a una nueva ciudad y ya sé dónde estamos: estamos en un lugar donde siempre pasamos cuando estamos por llegar. Antes de abrir la puerta termino la estrofa de la canción que sigue *Rolando se va llorando, llorando Rolando va, Rolando se va a Pando por un camino de la ciudad*. Cuando me bajo le pregunto a papá dónde está Pando, porque no sé de dónde saqué

70

esa palabra. Me dice que es una ciudad industrial cerca de la capital y me imagino una cantidad de chimeneas, como en Inglaterra. Pobre Oliver Twist y todo el hollín que tuvo que respirar mientras sufría con los bribones y los abusadores.

En el bar pedimos medialunas, tres coca-colas para compartir y un café para papá. Nos sentamos en una mesa sobre la ventana y comemos y tomamos y nos convidamos los refrescos. Después vamos al baño por turnos. Mamá sale y me dice que mejor agarre servilletas porque ya no hay papel. Agarro un montón de servilletas y entro al baño. Me agacho sobre el wáter pero no me siento para no contagiarme la hepatitis y hago un esfuerzo para que el chorro no se me vaya a torcer; por suerte sale bien orientado y no hago enchastre. Después me lavo las manos con un jabón con forma de huevo que está atornillado a una especie de perchero de jabones. La puerta se abre y entra mi hermana menor. Protesto, *no se entra al baño sin llamar* y ella me dice, con cara de sueño y sacándose los pelos de la cara, que si yo estoy ella puede entrar porque

71

somos hermanas. Me parece que tiene razón, y no digo nada. Me quedo a esperarla y le sostengo las servilletas y después se las doy. Salimos las dos, vamos contentas. Papá ya está parado, nunca quiere quedarse mucho tiempo cuando paramos para una cosa como esta. Todos salimos apurados del bar y cuando entramos al auto vuelvo al medio, porque mi hermana me había hecho un favor, pero todavía no me toca la ventanilla. Cuando me toque ya casi vamos a estar llegando a la casa. Parece que queda a cinco cuadras y media del mar. Parece que tiene churrasquera y hortensias en la entrada. Me sofoca el olor a encierro y de vuelta pienso en vomitar. Intento olvidarme de la medialuna y entonces me pongo a acordarme de Rolando, el de la canción que inventé. Me acuerdo de Rolando yéndose a Pando y para olvidarme del mareo me esfuerzo en pensar cómo sigue la canción. *En Pando conoce a un cura, quien le dice: ella vendrá. Me pongo a pensar en un cura diciendo a Rolando ella vendrá y me parece que la canción que estoy haciendo es horrible y entonces me acuerdo de que casi me dan ganas*

de vomitar otra vez. Es raro que me den ganas de vomitar, porque ya vomité hoy temprano y nunca lo hago dos veces en un viaje. Le pido a mi hermana menor que abra un poco la ventanilla.

Todavía sigo en el medio. Lo bueno dura poco, pienso. *Lo bueno dura poco*, digo en voz alta, y mamá sonrío. Mi hermana me hace el favor y ahora corre un aire adentro, pero vuelve el silbido. Miro por la ventana inclinada sobre ella. Ahora todo está oscuro. Veo los postes cuando ya los pasamos, porque viajamos rápido y no hay tiempo para verlos con anticipación. Aparece un mojón y el kilómetro es doscientos setenta y cuatro, pero hace como ochocientos que andamos en el auto. Me parece que estamos por llegar. Papá gira por las curvas, y también hace cambio de luces de largas a bajas y de bajas a largas, para no encandilar. En la radio una mujer canta en francés. Mi hermana mayor me dice que me vaya poniendo los zapatos, que falta poco. Le pregunto a mi padre si ya hay

yodo en el aire que entra por la ventanilla y me dice que sí. Cuando llegamos al balneario papá siempre nos dice *huelan, huelan el yodo, que hace bien*. Aspiro con fuerza, para que me entre yodo al cuerpo, porque el yodo hace bien y si uno tiene yodo no tiene enfermedades como por ejemplo el bocio, pero huelo de vuelta el olor a encierro de todos nosotros juntos y de nuestros alientos sumados y multiplicados y de los pies y la ropa arrugada y la expectación. También será que quedó un poco de gusto a empanada en el aire.

Me pongo mis sandalias rojas de plástico y le digo a mi hermana menor que ella también tiene que calzarse y ella se calza sus championes celestes. Capaz que en estas vacaciones me hago un novio, pienso. José Enrique que se jorobe por nunca decirme nada. Sólo un día se animó a llamarme aparte y a la salida fui al rincón donde él deja su bicicleta y entonces él me dijo en secreto que él era del mismo partido que mis padres. Yo me acuerdo de que lo miré y de que ahí también sólo veía los dientes chucos de él, y pensaba *por qué me gusta*

justo José Enrique y él me habla de estas cosas y no me dice nada. Agarró la bicicleta después de hablarme y la alzó con fuerza sobre los hombros para bajar las escaleras y salir de ahí. Yo me senté en un escalón y esperé que saliera mi hermano, para volverme a pie a mi casa, con él y los amigos. Ellos iban adelante y yo unos pasos más atrás, cargando una mochila inmensa llena de cuadernos. Estreban Venturini era el primero en despedirse del resto de los varones (a mí me ignoraba; los ojos resbalaban sobre mi cara y apuntaban siempre a otro lado). Vivía cerca de la escuela. Se iba sin saludar. Tiene el pelo más negro, la cara más blanca y la lengua más roja que vi en mi vida; se relame demasiado, no puedo comprender por qué hace así. La boca parece un pescado rojo y mojado por la saliva. Yo no le veía tanto la cara, porque él siempre caminaba adelante, con los pantalones que le quedaban cortos. Pero a veces lo veía de costado y le miraba la piel blanca con espanto; qué horrible ser tan blanco como él, pensaba. No quiero un novio así. José Enrique es más castaño, pero no me dice nada y además está

lo de los dientes. Yo quiero un novio con rulos y que le encante nadar en el mar y que tenga los labios paspados por el sol. Me gustaría que tuviera hombros huesudos y una clavícula que casi se le transparente como a mí, que casi podría guardar semillas (unas semillas equilibristas) en los huecos que se me extienden a los costados de la tráquea. Que las manos sean grandes y misteriosas. Si sabe tocar la guitarra mucho mejor. Si no le importa que el pulóver tenga pelotitas y lo sigue usando aunque esté viejo, mucho pero mucho mejor. Si le pone coderas en los codos mucho, pero mucho, mucho mejor. Si para darme un beso me sostiene la cara en el límite que comparten la mandíbula, la bajadita que se desliza desde el oído, el cuello, qué lindo. Si le gustan los misioneros, los hermanos, la palabra esporádico, las vacas que miran con tristeza, el olor a sándalo, los números perfectos, Colmillo Blanco, la palabra crepúsculo, los montes apalaches, los confines, los bichos de luz, la feijoa-da, el otoño, el viento del Sur, el arroz con espinaca y huevo frito, los mechones de pelo cobrizo, Tom

Sawyer, los árboles caducos, los perros dormidos, las pandeteras, yo me caso.

Mi hermano baja el vidrio de su ventanilla y se cuele una ráfaga de aire que chilla y me dan ganas de llorar. Ese chillido es algo verdaderamente triste. Imito el quejido y me pongo a chillar yo también, pero bajito. Mi hermana chica me pregunta por qué hago así y le digo que soy una bruja que anda como un alma en pena buscando a sus hijos hechiceros de la Ensenada del Hastío. Me dice: *ah*, como si le hubiera dicho cualquier cosa común y corriente. Paso por encima de mi hermana, la piso y la molesto con tal de llegar a la ventanilla. Hace cuatro kilómetros que debimos haber cambiado y ya me había olvidado. Ahora todo da lo mismo: la justicia y la injusticia son la misma cosa. Estamos cansados. El yodo se cuele por la rendija abierta. No lo huelo pero sé que está y que nos sana la cara y los pulmones. Mi hermana mayor grita *¡bien!*, y miro pensando que

el muerto se estará levantando para saludar a los testigos de su instante de la resurrección. No es el muerto lo que se levanta, sino la fosforescencia de un cartel que anuncia la llegada, adelante, al costado, detrás. Pienso en inclinarme y taparle los ojos a papá con las dos palmas de mis manos. Eso sería ciertamente homicida. Me horrorizo de mis pensamientos. Perdón.